

CAPÍTULO XXXIII

LA ARMADA INVENCIBLE

El secretario Mateo Vázquez de Leca se levantó cierta mañana, de bonísimo talante. Dos motivos poderosos tenía para ello: uno, que había acertado, por fin, á rematar felizmente ciertos versos latinos que andaba forjando para ponerlos como lema ó empresa del gracioso jeroglífico de sus armas. Los versos decían así:

*Anima nostra, sicut passer
erepta est de laqueo venantium:
laqueus contritus est
et nos liberati sumus.*

El jeroglífico representaba, á tenor de los versos, no un pájaro, pero un águila real que soltándose de un lazo puesto por los cazadores, subía con vuelo caudaloso hacia una corona y una palma, donde rezaba *In domino laudabitur*, que es el segundo verso del salmo XXXIII de David:

In domino laudabitur anima mea. Audiant mansueti et lætentur.

El hijo de la esclava, el paje del presidente Espinosa, asistía al lado del rey mucho tiempo ya y no era bien que no tuviese blasón nobiliario. Poco trabajo le costó convencerse á sí mismo y persuadir á los demás de que eran sus ascendientes los condes de Leca, valerosos militares de Córcega. El pájaro rompía sus ligaduras y se mudaba en águila caudal. Tiempos eran venidos en que muchas águilas caudales nacían ya en los humildes nidos de las azorragas y las terreras. El padre común de los cristianos era Sixto V, que subió á pontífice desde una pocilga.

El otro motivo de alegría para Mateo Vázquez era haber visto un tanto mohino y humillado el día anterior al cejijunto y berroqueño secretario D. Juan de Idiáquez, con quien Mateo tenía grandes y añejos reconcomios. D. Juan de Idiáquez era un bascongado serrote, adusto, reservón, gran conocedor de la voluntad del monarca: no era un político genial, como Antonio Pérez, porque le faltaba aquel punto de audacia que á Antonio Pérez perdió: pero su exactitud y clarividencia y hasta su falta de osadía le ganaron el ánimo de Felipe II. Mateo Vázquez, que pensó ser el hombre necesario cuando cayera Antonio Pérez, se vió suplantado, postergado á su vez por Idiáquez. Por eso, al llegar una ocasión en que Idiáquez disintiera del rey, Mateo se congratulaba infinito.

Hallábase en pie la gran cuestión de la proyectada guerra con la Gran Bretaña. El papa Sixto V, recordando la época dichosa en que, al sonar su caracol, acudían de los encinares de Montalto las piaras gruñentes, quería sujetar y atraer al gremio de su iglesia á los muchos séres que descarriados andaban. Por su parte, Felipe II no olvidaba su antigua inquina contra los ingleses ni dejaba de sentir los insultos que el corsario Sir Francisco Drake infería, ya á las naves, ya á los puertos de España.

Con el posible sigilo comenzaron, mucho tiempo antes, los aprestos marítimos en los astilleros y arsenales de Amberes, de Dunquerque y de Nieuport; recogióse mucha artillería naval de los puertos de Italia: hiciéronse grandes levas en España, Alemania, Lombardía, Nápoles, Córcega, Borgoña: se reforzaron los tercios de Flandes. A las cosas de tierra atendía Alejandro Farnesio: á las de mar, el marqués de Santa Cruz, D. Alvaro de Bazán, ya viejo, pero todavía animoso y esforzado.

Cumplían con su deber, como siempre, estos dos gloriosos caudillos, pero sin que el entusiasmo les agitara. Luchar en los mares con Inglaterra no les parecía una bicoca. Hacer frente al terrible Drake, á Forbisher, á Hawkins, corsarios de larga navegación, era muy otra cosa que atacar á los piratas del Mediterráneo.

No veían claro, como ahora lo vemos, pero probablemente

presentían aquellos ilustres generales que lo conseguido entonces por Drake y sus piratas ingleses, era la transformación más grande y radical de la Marina. Practicar el corso en el Mediterráneo, requería solamente denuedo, temeridad y experiencia de los golfos y puertos; para ejercer la piratería en el Océano se necesitaba sobre esto una gran tenacidad, una inverosímil resistencia y singularmente una férrea disciplina á bordo; no servían para esto los fantasiosos renegados griegos, italianos é ilirios, ni los crueles y avarientos capitanes y arraces de las galeotas turcas, cuyas tripulaciones eran lo peor de lo peor. Drake organizó, disciplinó, dispuso de gentes pacientísimas, absolutamente faltas de imaginación, ciegas en el obedecer, y así logró hacerse dueño del Atlántico.

Bien claro veía esto con sus bascongados ojos D. Juan de Idiáquez, y en cortas razones se lo dijo un día al mismo Felipe I cuando el Rey estaba más chocho con los aprestos de la Armada. Con gusto inexplicable vió Mateo Vázquez de Leca, presente, asomar á los labios del Rey una heladora sonrisilla de plata sobredorada, que muchas veces le cortó el paso al propio Mateo. D. Juan de Idiáquez había arriesgado mucho, por oír las voces de su patriotismo y de su experiencia. El Rey estaba seguro de que la Armada en preparación sería la Armada *Invencible*.

Con toda verdad y precisión puede marcarse este por el primer día de la decadencia española. Ese petulante, ese fachendoso adjetivo, nos perdió. El viejo valor castellano comenzaba á trocarse en fanfarria de perdonavidas que va vendiendo muertes y pregonando hazañas antes de emprenderlas. A nadie se le había ocurrido calificar de *Invencible* á la escuadra de Lepanto ni á la flota de las Azores.

Cuando oyó ese dictado el gran marqués de Santa Cruz, movió pesaroso la cabeza. Poco había de tardar en doblarla para siempre sobre el generoso pecho. Tan grande en los preparativos de la acción, como en la acción misma, el inmortal Don Alvaro llevaba muchos tiempos trabajando en tenerlo todo prevenido, listo y corriente, desde los armamentos más precisos de la artillería naval hasta los más nimios pormenores de abastos y fornituras. Iba despacio en esto, según su costumbre, según el hábito de to-

dos los ilustres capitanes de la Historia. Su calma irritó y exasperó á Felipe II y le inspiró entre las frialdades del Escorial, esta saeta de hielo jesuíticamente envenenada:—Por cierto que me correspondéis mal á la buena voluntad que siempre os tuve.

Tan inícuas y crueles palabras asestadas contra un viejo de sesenta y tres años, que todo lo posponía al servicio del Rey y en él estaba dejándose las tiras del pellejo, fueron bastantes para acabar con la mayor gloria viva de la nación.

Al despachar aquel día la correspondencia, Mateo Vázquez tropezó con un parte de Lisboa en que se contaba que el señor marqués de Santa Cruz, D. Alvaro de Bazán, había fallecido “apretado—indicaba algún informe confidencial—por el mucho trabajo y los cargos que se le hacían de la pérdida de la empresa”.

El Rey, sin inmutarse, dictó al secretario esta losa de hielo para tapar el cádaver de su mejor general:

“*El Rey*. Por vuestra carta de 9 de este he entendido el fallecimiento del marqués vuestro padre, que lo he sentido mucho por las causas que para ello hay. Sus servicios tengo muy presentes y de vos quiero creer que habéis de procurar parecerle y que correspondáis á vuestras obligaciones. De mí podeis esperar que en lo que se ofreciere terné con vos y vuestros hermanos y las cosas que os tocaren la cuenta y memoria que merecen los servicios de vuestro padre. De Madrid, á 15 de febrero de 1588. *Yo el Rey*. A Don Alvaro de Bazán.”

Ocurrió después de esto lo inesperado, lo absurdo, lo increíble. Felipe II había puesto el pie en el vacío y ya iba despeñándose y despeñando á su pueblo. Trás la primera fanfarronada, venía el primer envite del polaquismo. Era menester nombrar un almirante para la Armada Invencible, cuyas fuerzas mayores se habían juntado ya en el puerto de Lisboa. Llegaba la época nefasta en que los hombres dejaban un hueco y no había otros hombres capaces de taparlo dignamente.

Volvió Felipe II la cabeza y al punto tropezaron sus ojos con la figura desmedrada y raquítica, las zambas piernas y los crespos cabellos del Sr. D. Alonso Pérez de Guzmán el Bueno Manrique de Zúñiga, etc., etc., séptimo duque de Medina Sidonia, grande

hombre de á caballo y conocidísimo por su destreza en rejonear y acosar reses bravas, y también por su avaricia y por su incapacidad para cuanto no fuese allegar dinero ó correr toros.

¡Ved cómo los sucesos se repiten sin que escarmienten los hombres! ¡Al frente de la escuadra que había de perderse iba un gran conocedor de los toros de lidia! ¡Recordad otros nombres semejantes en épocas menos lejanas! *Parece que fué ayer* cuando comenzó la marina española á verse en manos de rejoneadores y caballistas.

El duque de Medina Sidonia, cuya ineptitud y poltronería propalaba su misma esposa en la corte, era hombre de treinta y siete á treinta y ocho años. Veintiséis ó veintisiete contaba su mujer la bella señora doña Ana de Silva y de Mendoza, hija de la princesa de Éboli, y de su marido Ruy Gómez de Silva ó de quien fuere. Felipe II, que tenía á la princesa de Éboli presa aún en el palacio de Pastrana, sentía grandísimo, casi paternal amor por doña Ana de Silva, tan hermosa como discreta. No vaciló, pues, en dar á su marido el mando de la Armada Invencible.

Antes de morir D. Alvaro de Bazán, ya había escrito D. Juan de Idiáquez por parte del Rey al duque y este pobre diablo había contestado con la carta siguiente, cuya importancia justifica la latitud de la copia:

“Iré satisfaciendo á las cartas de vuestra merced, con que me hallo, todas de 11, y en la primera que vuestra merced me escribe por orden de S. M., tocante á la nueva que ahí se ha tenido del aprieto del mal del marqués de Santa Cruz y la poca esperanza que se tenía de su vida, y la falta que haría su persona en esta ocasión estando la Armada tan adelante, para poder partir mediado este mes y no sufrirse por mil razones dilatar su salida, S. M. ha puesto los ojos en mí para encargarme esta jornada y la haga, y á Dios y á S. M. tan gran servicio como se espera de la empresa que con ella se ha de hacer, dándome la mano con el duque de Parma y las fuerzas que él tiene y volviendo las unas y las otras contra Inglaterra, y que esta Armada que aquí se hace se junte con la de Lisboa, y yo vaya en ella y me junte con ese en aquel reino y seguir y obedecer sus órdenes.”

“A todo lo que es esta materia responderé en lo primero besando á S. M. sus Reales pies y manos por haber echado mano de mí nuevo en negocio tan grande, para cumplir con el cual quisiera tener las partes y fuerzas que para el mismo servicio eran forzosas. Estas, señor, yo no me hallo con salud para embarcarme, porque tengo experiencia de lo poco que he andado en la mar que me mareo, porque tengo muchos reumas.”

“Demás desto sabe vuestra merced, como muchas veces se le ha dicho y escrito, que estoy en mucha necesidad, y que es tanto que para ir á Madrid las veces que lo he hecho, ha sido menester buscar el dinero prestado y parte del adovio. Mi casa debe novecientos mil ducados, y así por eso no me hallo en posibilidad ni tengo un real que gastar en la jornada.”

“Juntamente con esto, ni por mi conciencia ni obligación puedo encargarme deste servicio, porque siendo una máquina tan grande y empresa tan importante, no es justo que la acepte quien no tiene ninguna experiencia del mar ni de guerra, porque no la he visto ni tratado.”

“Así, Señor, por lo que es el servicio de S. M. y amor que yo tengo á él represento esto á vuestra merced para que se lo diga, y que no me hallo con sujeto ni con fuerza ni salud para esta jornada, ni con hacienda, que cualquiera cosas de éstas eran muy excusables, cuanto más concurriendo todas juntas en mí al presente.”

“Demás de desto, entrar yo tan nuevo en la Armada, sin tener noticia della ni de las personas que son en ella y del servicio que se lleva, ni de los avisos que se tienen de Inglaterra, ni de sus fuertes, ni de la correspondencia que el marqués en esto tenía los años que há que esto se trata, sería ir muy á ciegas, aunque tuviera mucha experiencia, poniéndome á la carrera tan á la improvisa, y así, Señor, todas las razones que hago son tan fuertes y convenientes al servicio de S. M., que por el mismo no trataré de embarcarme por lo que, sin duda, que he dar mala cuenta, caminando en todo á ciegas y guiándome por el camino y parecer de otros, que ni sabré cuál es bueno ó cuál es malo ó quién me quiere engañar ó despeñar. S. M. tiene quien con ex-